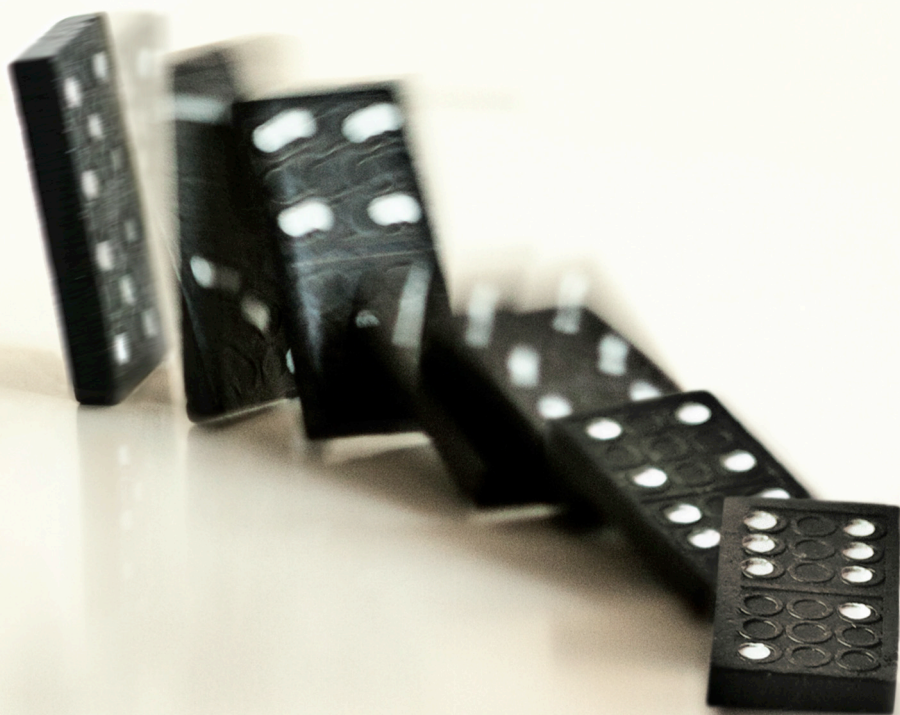


# EL PRECIO DEL SILENCIO

JUAN INFANTE



erein

# EL PRECIO DEL SILENCIO

SERIE GARRINCHA II

36

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1ª edición: mayo de 2019

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© Juan Infante

© EREIN. Donostia 2019

ISBN: 978-84-9109-466-1

D.L.: SS-618/2019

EREIN Argitaletxea.

Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Gertu

Zubillaga industrialdea, 9

20560 Oiñati, Gipuzkoa

T 943 783 309

e-mail: [gertu@gertu.net](mailto:gertu@gertu.net)

[www.gertu.net](http://www.gertu.net)

JUAN INFANTE

**EL PRECIO DEL  
SILENCIO**

**SERIE GARRINCHA II**

erein

## 1. Miércoles 17 de mayo

### Tomás Garrincha

A lo largo de mi vida he llevado muy pocas veces corbata; pero el respeto que merecía Gorostiola me obligaba a ponérmela en su funeral.

Estaba en mi casa de Olabeaga, situada a la entrada del barrio; era antigua pero bien conservada y colmaba todos mis deseos. Cuando vi, hace varios años, el anuncio de «Se vende» en el tercer y cuarto piso, no tardé ni cuarenta y ocho horas en comprarlos. Los uní por una escalera interna de caracol, tipo barco, y me quedé un dúplex fantástico. En un par de meses estaba ya instalado.

Teresa y yo no tenemos hijos, nos sobra sitio, pero nos lo podemos permitir. En cambio, tengo cinco sobrinos de mis hermanos Pablo y María, que pasan cada vez más tiempo en casa.

En el piso de arriba tengo mi *estudio*, donde suelo encerrarme para ver películas de Tarantino, los hermanos Cohen, Coppola y numerosas series *negras*, a las que estoy bastante enganchado. También allí suelo leer novelas policíacas, quizás para recordar con una sonrisa una vida ya olvidada, bueno, mejor decir casi olvidada. En ambos pisos los ventanales son grandes y puedo disfrutar de unas vistas inmejorables. Enfrente la península de Zorrozaurre, al fondo el monte Banderas y Artxanda, pero sobre todo la ría, siempre la ría, tanto si el día está despejado y disfrutas de cómo circula poderosa

hacia su desembocadura en el Abra, como si una neblina te la esconde y te traslada a un recodo del Támesis.

Han transcurrido tres años desde el secuestro de Lucía, la hija de Gorostiola,<sup>1</sup> y hoy nos toca despedirlo. El gran capo ha muerto, lo ha hecho de forma vulgar, un infarto, pero ha muerto. Se va uno de los nuestros y esto siempre duele.

Lucía es la mujer, aunque apenas tiene veintidós años, más enigmática que he conocido y, quizás, la más peligrosa. Me despedí de ella cuando se fue a estudiar a Madrid y desde entonces no la he vuelto a ver. Ella y su padre sabían que, si no hubiera sido por mí, estaría cumpliendo una larga condena de cárcel, y eso en el mejor de los casos. Salió bien, demasiado bien, y tenía ganas de verla, de enterarme de su vida. Estaría finalizando la carrera de Derecho y, como uno se entera de algunas cosas, tampoco acabó en los negocios de su padre. En eso también tenía yo gran parte de culpa.

Mi nombre es Tomás Garrincha, como el genio del *dribbling*, el jugador de fútbol más querido de Brasil, y llevo en esto del delito desde los veinte años. Tengo cuarenta y tres, oficialmente estoy jubilado y ya no debo hacer nada fuera de la ley, pero esto no siempre es así.

El gran arquitecto brasileño Oscar Niemeyer decía que la belleza en el mundo no está basada en la línea recta sino en las curvas, como prueban los árboles de El Cerrado –el emblemático bosque del Mato Grosso– y las piernas de Garrincha. Mis piernas no son curvas como las de mi tocayo brasileño ni tampoco juego al fútbol, pero eso sí, mido cerca de

---

<sup>1</sup> *Atrapado*. Juan Infante. Erein, 2017.

uno noventa, soy desgarbado y dicen que cuando me enfado se me dibuja un cuchillo en la mirada. Tampoco será para tanto y, además, no me enfado mucho; eso sí, estoy gastadito por la vida, como mis vaqueros.

Cuando cumplí los cuarenta decidí dejarlo todo. Avisé a mis colegas. Mis acólitos y esbirros lo supieron con tiempo suficiente; como eran eficientes, todos se colocaron, e incluso dos de ellos, los más emprendedores, siguieron con el negocio de narcóticos ya por su cuenta. A través de mi abogado informé a los distintos cuerpos policiales que operan en el País Vasco y también a la Fiscalía Antidroga de Vizcaya. Se alegraron de ello pero, a decir verdad, se mostraron bastante escépticos. Aunque estuve muy formal durante un año, mi ayuda desinteresada para resolver el secuestro de Lucía produjo importantes daños colaterales, que estuvieron muy cerca de enviarme a la cárcel o, peor, a una cuneta en disposición de criar malas. Aunque la Ertzaintza no se iba a olvidar fácilmente de mí, sobre todo los inspectores Sara Cohen y Miguel Fabretti, en estos tres años no podían tener ninguna queja.

Mi pasión es la pesca, soy un forofo desde que, con diez años, acompañaba a mi padre hasta el Puente Colgante de Portugalete a pasar horas mirando a la ría; ningún pez se dignaba a picar y siempre pensé que era una excusa del jefe para no estar en casa. Aun así, siempre me fascinó esa quietud, esa especie de paralización del tiempo, tan decisiva para triunfar con los años en mi faceta delictiva. Me armó de paciencia y consiguió alejarme de los problemas innecesarios. Lejos del gánster inconsciente y pasional, carne de presidio, mi tranquilidad me permitió sortear bien los obstáculos de todo tipo que se interponían en mi carrera.

Con la pesca acabé disfrutando, sobre todo devolviendo los peces a la ría, río o mar de donde provenían. Era una forma de reconciliarme con la vida, devolvérsela a los peces, como si pudiera compensar aquellas con las que había acabado. Bueno, tampoco eran tantas. Mi cinturón tenía trece muescas y todas menos un par de ellas eran justas y necesarias.

Me gustaba Olabeaga. Además de para poder pescar al lado de casa y seguir estando en Bilbao, sobre todo por ese carácter de barrio cercano, húmedo, donde la bruma te lo esconde y lo hace invisible. La gente era amable y mantenía esa solera que da la continuidad y la ausencia de cambios. Aunque yo debía de ser el único rentista —es un barrio de trabajadores—, tampoco desentonaba tanto. Encajonado entre la ría y las vías del tren, Noruega, como también se lo conocía, creció junto a los Astilleros de Euskalduna y los barcos bacaladeros llegados precisamente de Noruega. Mi padre había sido trabajador de Altos Hornos, a unos pocos kilómetros de allí, y vivíamos en Portugalete, junto a la ría. Era como volver a la infancia.

El funeral se celebraba a las siete y media en la iglesia de San Vicente, en el céntrico barrio de Abando.

Teresa Astigarraga, mi mujer, no me iba a acompañar, no le apetecía. Me parecía bien. Lo pasó muy mal durante toda la historia del secuestro y pensó, no sin razón, que de esa no salía. Ella solo conocía de nombre, y no a todos, a los antiguos colegas que iban a despedir al *padrino*; además, tampoco estaba por la labor de mostrar sus respetos. Entendía mi presencia; enterrar bien a los muertos era de bien nacidos, pero nada más. Cuando me preguntó por Lucía, le dije la verdad. Debía de seguir en Madrid y, al parecer, al margen de todo.



Lucía era un enigma, y aunque Teresa nunca estuvo al corriente de todas sus “andanzas”, conocía lo suficiente para saber de su capacidad para delinquir, complicar y liar las cosas.

Teresa estaba contenta y nuestra relación funcionaba. Aunque no me controlaba, se notaba mi nueva vida y eso le daba tranquilidad. Además, era guapa, tenía piernas de cabaretera y esa capacidad de las mujeres inteligentes de mandar sin parecerlo; a mí me gustaba. Era propietaria de una tienda de ropa de mujer en la calle Ercilla, Coco Palmer, y marchaba bien. El hecho de contar con mi soporte económico le permitía afrontar con tranquilidad todos los vaivenes que sufría la tienda y mantener las mejores marcas con una política muy agresiva de compras. Últimamente la estaba ayudando con su negocio y eso me hacía sentir útil.

Cuando me retiré de la profesión delictiva, los *ahorros* eran suficientes para no preocuparme por la pasta el resto de mis días. Andaba muy bien y solo me generaba alguna dificultad disponer del dinero guardado en un banco de las Islas del Gran Caimán. Pero un sistema de cuentas intermedias en Singapur y Andorra me permitía repatriar el dinero por internet. Cuando recalaba en un banco de la plaza de Bilbao ya venía muy lavado.

Teresa quería abrir otra Coco Palmer en San Sebastián para poder ser autosuficiente, viviendo exclusivamente de un negocio limpio. Con la tienda donostiarra, si todo marchaba bien, podía conseguirse. A mí me daba igual, pero Teresa cada vez daba más importancia al origen del dinero. Este afán emprendedor me gustaba, me entretenía y me hacía estar ocupado. La pesca y las novelas negras no me absorbían tanto, y esforzarme en sacar un negocio legal adelante, además de hacerme sentir útil, me alejaba de una vida sedentaria un tanto aburrida.

Gorostiola quedó muy tocado por el *affaire* del secuestro de su hija y, aunque su alegría por recuperarla fue inmensa, no levantó cabeza. A pesar de ser muy terco, le sirvió para hacer algo sensato: dejó el negocio de la droga en manos de su lugarteniente Aitor, a cambio de una renta razonable. Pero no era el mismo, y su soledad, era viudo, se acentuó con la marcha de su única hija a Madrid.

La policía lo respetó y, aunque a su organización seguían dándole palos, él se dedicó a jugar al golf y salir con sus amigos. Un ataque se lo llevó cuando aún no había cumplido los sesenta y cinco años.

## 2. Funeral en la iglesia de San Vicente

Cuando llegué a la iglesia de San Vicente aún no habían dado las siete y media de la tarde, pero ya estaba llena. Según me acercaba empecé a ver caras conocidas que se dirigían a la parroquia de Abando, una de las más importantes de Bilbao.

San Vicente Mártir databa de los siglos XVI y XVII y, como me comentó Teresa, pertenecía a la arquitectura religiosa típica del Renacimiento español. Con tres naves, capiteles dóricos y bóvedas de crucería, contenía buenas obras, como una talla de la Dolorosa, retablos barrocos y neoclásicos, imágenes de la Inmaculada y una entrada antigua a la iglesia, gótica tardía, de buen nivel. De allí salía todos los Domingos de Ramos la procesión del borriquito, que transcurría por los Jardines de Albia, situados justo al lado. En su pila bautismal fue bautizado Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco, que vivió en una casa pegada al templo y jugó

de niño con su hermano Luis en aquellos jardines. Hoy en ese lugar tiene su sede el Partido Nacionalista Vasco.

Tenía curiosidad por ver quiénes asistirían y saludar a muchos colegas a los que ya había perdido de vista. La iglesia lucía sus mejores galas: bien iluminada, con música de su propio órgano y muchas flores. Conté más de una docena de coronas agolpadas junto al altar. Me acercaría al finalizar el funeral; empecé a reírme solo de pensar en una banda rodeando la corona con una leyenda que podría decir algo así como «Tus colegas de Cambados» o «Recuerdo de tus esbirros», porque familia apenas tenía.

Me situé hacia la mitad de la nave central, desde donde veía perfectamente en primera fila a Lucía, de luto riguroso con su traje negro, y a su prima Nerea, algo más discreta. Varios hombres y mujeres desconocidos para mí –probablemente hermanos y primos del finado, con sus cónyuges y sus hijos– ocupaban las dos primeras filas. Los hombres vestían de traje oscuro y corbata, y las mujeres también de oscuro y con vestido; todos estaban elegantes, como exigía un funeral de primera. A partir de la segunda fila comenzaban a aparecer otros familiares, amigos, vecinos y sobre todo colegas de distinta procedencia.

Empezó el funeral. Miré para atrás y el lleno era completo, el templo estaba abarrotado. Fuera, en la calle, la gente seguiría siendo numerosa. En la fila de delante estaba Bujanda, con su mujer y sus hijos, todos bien vestidos, como si fueran de la familia. Me saludó haciendo un gesto con la cabeza; estaba afectado y se le notaba.

Bujanda –sin relación alguna con los bodegueros riojanos, como siempre, sin saber por qué, se encargaba de aclarar– había sido el gran competidor de Gorostiola. Su rivalidad nada

pacífica acabó a tiros en más de una ocasión. Siempre se llevaron mal y nunca lo disimularon. Incluso cuando secuestraron a Lucía, su padre le endosó la autoría y me llamó con intención de utilizar mis buenos oficios, dada mi relación y amistad. Así empecé a meterme en aquel infierno, del que salí ileso de milagro; Bujanda, por supuesto, nada tuvo que ver. Mi relación con él fue cercana e incluso en una época hicimos buenos negocios juntos pero, desde mi retiro, ya no teníamos trato.

Justo a mi izquierda, al otro lado del pasillo, estaba el Innombrable, apodo del escurridizo Buendía, un hombre delgado y larguirucho, de mente afilada y muy preocupado en esconder su nombre. Lo conocí en la cárcel de Nanclares de Oca y me asocié con él, comenzando mi etapa más brillante en aquellos negocios. Al final nos separamos y él continuó con Gorostiola. Nunca llegó a tener relevancia y siempre ejerció de acólito de algún capo.

También vi un poco más adelante a Urrutia el abogado, con un traje impecable, como siempre, con su mujer y su hija. Urrutia, además de defensor, era su consejero y su hombre de confianza. Le hacía caso y era el único que podía templarle. Si no hubiera sido por él, Gorostiola habría entrado en la cárcel más de una vez. Mucha gente se preguntaba cómo nunca pisaba la trena ni era detenido; incluso hubo quien hizo correr infundios sin fundamento. Pero la verdad era más sencilla: el capo nunca tocaba la droga ni se relacionaba con los que sí lo hacían. Una red de *murallas chinas* perfectamente diseñadas y vigiladas por Urrutia lo hizo posible. Por supuesto, la policía conocía perfectamente su dedicación.

El grupo emergente más importante de los últimos años se encontraba justo detrás de mí: los Gandarias. Se les conocía

por ese nombre, que no era el suyo, debido a la pasta que manejaban. Los había visto una vez en el Rimbombín y había oído hablar mucho de ellos, pero cuando me retiré ellos estaban iniciando su carrera. No nos saludamos, aunque ellos también sabían perfectamente quién era yo. Ahora, sin Gorostiola y con Bujanda en plena decadencia, darían un salto y asentarían su liderazgo. Ya eran los más fuertes en cocaína y productos de laboratorio: *speed*, pastillas, MDA, metanfetamina, pero también en armas, prostitución y porteros de bares y discotecas. En esta última actividad tenían prácticamente el monopolio.

Pero la gran incógnita era el negocio de Gorostiola. Desde el secuestro de su hija Lucía lo llevaba su lugarteniente Aitor y lo hacía bien. Aunque llevaba muchos años y lo conocía al dedillo, sin el patrón no iba a ser lo mismo. Gorostiola infundía respeto, era conocido y apreciado en Galicia, Colombia y en los laboratorios de Ámsterdam, pero Aitor era otra cosa, hasta ahora un mandado. Lo lógico era que el negocio lo heredara Aitor, pero ahí entraba Lucía y esas cosas no se ponían en los testamentos. La chica iba a estar forrada: hija única, sin madre, y con un padre podrido de dinero y propiedades; un entramado bien montado de sociedades protegería el patrimonio y le permitirían ponerse al frente del mismo sin demasiada dificultad. Aunque el jefe era previsor, Lucía era una mujer imprevisible, con una tendencia fuera de lo normal a complicarse la vida.

El funeral continuaba brillante, con el oficiante empeñado en resaltar las bondades del difunto tras su paso por la vida, este valle de lágrimas, para hacer el bien a los demás. Nos mirábamos sorprendidos, nadie parecía haber informado al cura de la identidad del finado. Su *chuleta* habitual era un

disparate para este funeral, pero nadie se dio por aludido y todos ponían caras de estar oyendo verdades como puños. La música fue tomando cada vez más protagonismo y con la famosa aria de *Madame Butterfly*, *Un bel di vedremo*, recordando a María Callas, dio por finalizado el evento, mientras la mayoría de los presentes llevábamos en la mente a un pletórico Gorostiola mandando; genio y figura. Una etapa de la historia criminal de Bilbao se cerraba.

Con rapidez y para evitar colas interminables, me acerqué a Lucía y enseguida estuve junto a ella. Me miró, sonrió y dejó que la besara y le diera el pésame. Sin más, como no queriendo perderme, me dijo:

–Tenía muchas ganas de verte, Garrincha, necesito estar contigo. Si te parece nos vemos un momento a la salida.

–Ningún problema, te espero fuera, ahora ya tienes cola.

Aproveché y saludé a Nerea, su prima, una hermana para Lucía. Cuando su secuestro, fue la que nos puso sobre la pista buena.

–Garrincha, te veo muy bien. No he sabido nada de ti, y eso suele ser una buena noticia.

–Je, je. Seguro. Ya sabes: *pas de nouvelles, bonnes nouvelles*. Estás muy guapa. La carrera la habrás acabado ya, ¿no?

–Sí, Informática, estoy de prácticas en Accenture, en Torre Iberdrola.

–Eso me trae recuerdos –dije, porque justo al lado del famoso edificio de oficinas secuestraron a Lucía.

–Ya está todo olvidado. Lucía es otra, está muy bien y eso es lo importante.

–Desde luego. Bueno, te veo fuera después, he quedado con tu prima.

–Nos vemos ahora.

Nada más salir vi esperándome a Jon Etcheverry, legendario *killer* Francés ya retirado, pero cuya prestigiosa aureola en esto del crimen traspasaba fronteras. Vivía en una casona perdida en los Pirineos, en el País Vasco francés que, como le gustaba decir, de bonito y bucólico que era daba asco.

–*Bonsoir*, camarada!

–*Monsieur* Etcheverry. No te esperaba, me alegro mucho de verte.

–No podía faltar, de los de antes quedamos pocos y Gorostiola siempre se portó bien conmigo.

–Y tú con él.

–¿Qué es de tu vida?

–Sigo retirado y me va bien. Me aburro, no tanto como tú, pero casi. Con la pesca y las novelas policíacas voy tirando.

–Pues sí me aburro, pero no queda otra. Sigo cogiendo setas y de vez en cuando olas, pero los setenta quedaron atrás y el cuerpo es listo. Por lo menos a mí me avisa enseguida. Por cierto, ¿sabes algo de Ainhoa?

–Bueno, algo sí. Sigue en Málaga con la tienda de zapatos y le debe de ir bien. Al final ni la poli ni los otros la molestaron; se ha echado un novio malagueño que parece buena gente. Me hizo una visita con él hace un año y la vi contenta.

–Es una tía estupenda, me alegro de que le vaya bien.

–Me preguntó por ti, te aprecia mucho.

Ainhoa colaboró conmigo en la resolución del secuestro de Lucía y estuvo una temporada escondida en la casa de Etcheverry, cuando era perseguida por todos.

Mientras hablaba con el Francés, se acercaron Ramiro Bujanda, Buendía el Innombrable y Aitor, componiendo un grupo de lo más granado. También se aproximó el abogado Urrutia –que muy correcto nos saludó a todos como si fuera

de la familia—, pero se retiró enseguida, guardando las formas, y se dirigió a un corrillo menos comprometido.

Aitor estaba nervioso y se le notaba. Además, estaba muy afectado por la muerte del jefe y miraba a todas partes, como queriendo comprobar quiénes habían asistido al funeral. Sabía perfectamente que el futuro de los negocios dependía de Lucía y, como la conocía, estaba intranquilo. Me hizo un aparte y me preguntó:

—¿Has hablado con la chica?

—Le acabo de dar el pésame, pero nada más.

—Quiere hablar contigo, y ya te imaginas... Estoy abierto a cualquier solución razonable, Gorostiola era como un padre para mí y quiero seguir sirviéndole una vez muerto.

—Aitor, no estoy al tanto de nada, ni de lo que piensa Lucía ni de la voluntad de su padre. Nadie ha pedido mi opinión y me parece bien. Pero si me la pide, lo tengo claro: debe huir de sus negocios como de la peste. No puede pringarse ni de lejos.

—Tu opinión la valorará mucho. Además, estoy de acuerdo: los tiempos están muy duros y acabará en la cárcel. No merece la pena. Aunque esto vale también para mí, yo no sé hacer otra cosa y esta es mi vida. En cambio, Lucía es joven, tiene pasta y, sobre todo, tiene futuro.

—Coincidimos, Aitor: mi experiencia fue decisiva para dejarlo todo y así se lo diré si me pregunta.

—Te lo preguntará y, si no lo hace, se lo puedes decir tú.

No le contesté y nos juntamos con el grupo, donde Bujanda recordaba anécdotas de Gorostiola, su gran rival y enemigo. Oyéndole hablar parecían íntimos.

Miré hacia la estatua de la Virgen situada en una placita enfrente de la iglesia y allí vi al grandullón de Miguel Fabretti,



que observaba la salida del funeral sin perderse nada. Me sorprendió, pero enseguida lo vi lógico; se trataba de una concentración de malhechores y probablemente estarían grabando todo. Miré por los alrededores buscando a Sara, pero allí no estaba.

Miguel Fabretti era el inspector jefe de la brigada de estupefacientes de la Ertzaintza; tras una temporada en otro destino por su relación sentimental con Sara Cohen, la inspectora-jefa de la brigada criminal, había vuelto a su antiguo cargo. Hacían un buen equipo y su gente, con muchos trienios a cuestas, prefería verlos juntos. Sobre ellos recaía la lucha contra el crimen organizado, y tenían su sede en la Comisaría de Deusto.

El desenlace del secuestro de Lucía les dejó fuera de juego y supuso un mazazo para ellos. Les gané la partida, y Sara me insultó y amenazó cuando nos reunimos al acabar todo en los salones del hotel Carlton. Se sintieron engañados y no les faltaba razón, siempre me habían tenido ganas, pero desde entonces mucho más. A mi favor cuentan estos tres años transcurridos al margen de cualquier actividad delictiva y hasta ahora me habían dejado en paz.

—¿Te has fijado en quién está allí? —preguntó el Innombra-ble señalando con un gesto al lugar donde estaba el ertzaina.

—Sí, lo acabo de ver. A mí me da igual —le contesté.

—Estos no se olvidan de nosotros. Nos tienen ganas.

—Yo no le voy a dar ningún motivo, tenlo por seguro.

—No me gusta nada. Nos estarán grabando, se lo voy a comentar a estos.

Me encogí de hombros y, cuando vi a Lucía saliendo de la iglesia, aproveché para encontrarme con ella. La agarré de

la mano mientras le daba dos besos y comprobé que la tenía fría, muy fría.

–Lucía, estás helada, ¿te encuentras mal?

–Estoy nerviosa, destemplada y esto me está superando. Nunca hubiera pensado que mi padre tuviera tantos amigos. Es una pasada.

–A tu padre lo quería mucha gente.

No quería decírselo, pero al funeral habían venido todos, los amigos y los enemigos, pero aun así era cierto y a mí también me había sorprendido el llenazo.

–Un grupo de gallegos ha estado muy cariñoso conmigo. Los más mayores incluso han llorado.

–Ha estado hasta la policía. Solo faltaba la judicatura.

–Qué cabrón eres, Garrincha.

Nada más mencionar a la pasma, empezó a fisgar y enseguida detuvo su vista.

–Allí está el poli grandullón. Pero qué bueno está. ¿Cómo se llama? No me acuerdo.

–Miguel Fabretti.

–Eso, Fabretti, el de apellido italiano. ¿Está solo?

–No lo creo. Habrán filmado todo el funeral para luego estudiar bien a los asistentes.

–Por cierto, nos está mirando y encima sonrío –dijo Lucía mientras intentaba retirarse un flequillo inexistente con un gesto coqueto.

–No le hagas ni caso, vamos a lo nuestro.

–Necesito verte, y pronto. Quiero estar a solas contigo, contarte muchas cosas y pedirte consejo. Me fío de ti, ya lo sabes.

–¿Hasta cuándo te quedas?

–Estamos a miércoles. El lunes salgo para Madrid. Tengo pendientes los exámenes y quiero acabarlos bien.

–Estás ya en cuarto de Derecho, ¿no?

–Correcto, si no me despisto acabo en junio y luego el máster. Tenía idea de ir a Estados Unidos a una buena universidad, probablemente a California. Pero ya veremos, igual me conformo con algo más cercano y acabo en Deusto.

–Lucía, vete cuanto antes y bien lejos. Stanford y UCLA son excelentes universidades y te las puedes permitir. En Palo Alto y en Los Ángeles se está muy bien.

–No sé, antes necesito aclarar muchas cosas y tomar decisiones importantes. Para eso, precisamente, quiero hablar contigo. Necesito tu ayuda.

–Vas a tener mi consejo y voy a ser sincero contigo. Si me haces caso, te irán bien las cosas, tenlo por seguro.

–Me salvaste de una buena. Si hoy estoy aquí te lo debo a ti.

–Eso es agua pasada, Lucía. Ahora vas a estar muy sola y no te puedes equivocar. Te adelanto algo: olvídate de los negocios de tu padre.

–Lo hablamos mañana, para eso te necesito. Para buscar novio me las arreglo yo sola.

–¡Mujer!, eso espero. ¿Sabes? Estás muy guapa.

Se lo dije sinceramente. Había mejorado mucho. Era más mujer y tenía un aspecto mucho más sano y equilibrado.

–¿Te lo parece? No estoy muy convencida, solo me lo dice mi novio.

Sonrió de oreja a oreja y enseñó su cara de cría. Lucía enamorada se quitaba años y mejoraba mucho.

–Venga, suéltalo, esa sonrisa de mujer feliz te delata. ¿Quién es el afortunado?

–¿No has oído nada? –dijo con una expresión de sincera extrañeza.

- No. ¿Se trata de alguien importante?
- Bueno... Mañana te lo digo. Dime dónde quedamos.
- A las dos en el «Zapirain». ¿Lo conoces?
- Perfectamente. Allí nos vemos, los dos solos.
- Reservo yo. Hasta mañana, Lucía.

Aun con la mejoría tan apreciable, seguía sin fiarme de ella. Me temía que su capacidad para complicarse la vida seguía intacta. ¿Quién sería su novio? Me esperaba otra sorpresa. Si el muchacho conociera el pasado real de la chica se llevaría un buen sobresalto. Aunque mis razonamientos parecían correctos y sensatos, seguía siendo un adicto a esto del delito. No había pasado ni una hora viendo y saludando a antiguos colegas, y mi cuerpo ya me pedía emoción. Las adiciones las sabía controlar y otros miedos muy reales se me echaban encima para sujetarme a una vida de rentista tranquilo.

Eso pensaba, al menos en teoría.

### 3. Desde Ledesma a Olabeaga

Después de quedar con Lucía para comer, me fui despidiendo de todos mis conocidos, incluidos los grupos de Cambados y Villagarcía. Se acordaban perfectamente de mí y todos lamentaron mi retiro.

Bueno, todos no, alguno alabó mi decisión; las cosas cada vez están más difíciles, me decían, como si fueran unos sufridos emprendedores, pequeños o medianos empresarios. Les sonreí, les di la mano e incluso abracé a alguno, pero evitando dar explicaciones. Solo un «estoy muy bien así» salió de mi boca.

No podía dejar de mirar hacia donde se encontraba el inspector Fabretti. Seguía observando con satisfacción y no se perdía nada. Un funeral mafioso propio de una película de Coppola era todo un lujo y se veía que disfrutaba. Cuando emprendí mi retirada me acerqué a propósito a donde estaba y me vi obligado a saludarlo. Lo hice con toda normalidad.

–Miguel, ¿cómo estás? Cuánto tiempo sin verte.

–Bien, como verás no quería perderme la despedida de un hombre tan cercano a la policía pero, la verdad, no pensaba que pudiera haber tanta animación –contestó mientras en la cara se le dibujaba una amplia sonrisa.

–Gorostiola era un buen tipo, pero sí, a mí también me ha sorprendido tanta asistencia. Ya sabes, solo soy una vieja gloria y no pensaba conocer a tanta gente.

–Estabais todos. Bueno, alguno ha faltado, pero de escasa relevancia

–No me metas a mí, yo ya no estoy en esta historia.

–Tú sabrás, pero si es cierto, haces bien.

–Por cierto, no veo a Sara. ¿No ha venido?

–Está muy bien, mandando como siempre, pero veros a todos juntos la habría puesto de muy mal humor. Mejor así, yo tengo más tragaderas.

–Dale recuerdos de mi parte.

–Se los daré, aunque no sé si te conviene que se acuerde de ti. –Aunque parecía dicho con sorna, una gracieta, hablaba totalmente en serio.

Sonreí como si fuera una broma y me despedí definitivamente. Lo tenía claro, Sara seguía sin perdonarme. A Lucía le tenían más ganas, pero a poca distancia estaba yo. Y no les faltaba razón: aunque la policía ganaba la mayoría de las veces, en esta ocasión no había sido así.

La inspectora valía mucho, era una excelente policía, no había conocido a otro como ella y, además, irradiaba fuerza y determinación. Hacía un buen equipo con Fabretti. Qué suerte la del grandullón de su novio, solo de pensarlo me ponía malo. Pero Sara me la tenía jurada y una de sus mayores satisfacciones sería pillarme y enviarme *caminito de Jerez*.<sup>2</sup>

Llamé a Teresa. Se encontraba tomando algo con unas amigas en la parte alta de la calle Ledesma y me dirigí hacia allí.

La noche –bueno, todavía era de día, aunque acababan de dar las nueve– prometía, con una temperatura muy agradable y mucha gente en la calle llenando las terrazas. La calle Ledesma, desde que se peatonalizó y se prohibió fumar en los bares, fue creciendo con todo tipo de establecimientos hosteleros y ya no solo en la parte baja –lugar tradicional de bares de vinos y cuadrillas haciendo rondas– sino en toda la calle, sobre todo en la parte alta. La reconversión fue muy importante y era un lugar animado, donde la comida de aquí competía con la china y la japonesa. Casi todos los locales tenían terraza y con buen tiempo era muy apetecible sentarse en ellas.

Teresa estaba en uno de ellos, sentada en una mesa alta con dos amigas. Aunque había mucha gente el ambiente no era bullicioso y la audición era buena. Saludé a Charo y a Ana, a quienes ya conocía, y me acerqué a la barra a pedir unas cervezas.

Un «¿cómo te ha ido?» fue la única referencia de Teresa al funeral, pero su mirada dejó claro su interés. Le contesté: «tan

---

<sup>2</sup> Así se refería Federico García Lorca a la cárcel en uno de sus poemas. El camino de Jerez era el que conducía al penal del Puerto de Santamaría.

animado como esta calle», y abrió los ojos en señal de sorpresa. Estuvimos todavía un rato allí y cuando acabamos nuestras bebidas nos despedimos. A ambos nos apetecía andar y enfilamos hacia Olabeaga. Teníamos fácilmente tres kilómetros, pero el día invitaba al paseo. Teresa se me colgó del brazo y me estrechó con su cuerpo mientras decía:

–Cuéntame todo, estoy intrigada. Al final me he quedado con ganas de acompañarte, pero por puro morbo.

–Podías haber venido perfectamente, la mayoría de los colegas estaban con sus mujeres, hijos y familia. Muy italiano, como un funeral de la mafia.

–Por favor, Tomás, no los llames colegas. Ya no lo son, te olvidas pronto.

–Tienes razón.

Y empecé a contarle todo el funeral con detalle, desde el comienzo en los Jardines de Albia hasta las tertulias de la salida. Incluso lo adorné con la vestimenta, las condolencias y los elogios al finado. Cuando le desgrané la homilía del cura, resaltando las virtudes de Gorostiola, su ejemplo dado en vida, dejándonoslo en herencia para seguir su camino, una estruendosa carcajada hizo volver la cabeza a varios viandantes, que nos miraron sorprendidos.

–Por favor, Tomás, pero qué cara tienen los curas. No me lo puedo creer. ¿Estás exagerando?

–Tal como te lo cuento. No le habrán dicho quién era y al ver tanta gente sacó el sermón triple A.

–¡Ja, ja! Me pega todo.

–Ni te imaginas la cara de todos los presentes. No hubo carcajadas por respeto a la familia.

–Bueno, ya lo has dicho, mafia pura. A Coppola con filmarlo le hubiera dado para otra película de *El Padrino*.

—Quienes lo estaban filmando eran los de la pasma.

—¡Vaya, pues empezamos bien!

Le conté mi conversación distendida con Fabretti y se quedó más tranquila. Continué comentando la conversación con Aitor, los clanes gallegos y alguna cosa más, y me centré en la conversación con Lucía. Cuando terminé, Teresa habló al momento, sin pensarlo demasiado, pero acertó en su diagnóstico.

—Qué fuerte todo, de verdad. Se acaba una época y empieza otra. Venían a rendir honores al general fallecido, pero ya nada va a ser igual y todos lo saben.

—Lo has resumido muy bien, es exactamente eso: un fin de ciclo.

—¿Quién va a mandar? ¿Quién se hace con el negocio de Gorostiola? ¿Cómo quedan los demás jugadores? Esas son las preguntas —apuntó Teresa, quien, desde fuera, se daba perfectamente cuenta de dónde se encontraban los problemas.

—Mandarán los Gandarias. Son muy fuertes, jóvenes y con ganas. Sabrán imponerse y no veo a nadie en guerra con ellos. Bujanda está de capa caída y, si tiene dos dedos de frente, que no los tiene, acabará retirándose. El Innombrable acabará con quien más le ofrezca. Y de los fuertes quedará Aitor, que continuará con el negocio de Gorostiola.

—Y la niñata esa... No la aguanto... ¿Qué va a hacer? Porque es difícil ser más imbécil. Está forrada, es hija única, no está en la cárcel... Bueno, mejor me callo... Y ahora tiene dudas sobre si enfangarse para tener más pasta, sin tiempo en esta vida para poder gastarla. Tengo clarísimo cuáles serían mis palabras.

—Dame ideas. Aunque además de dinero, busca poder, eso creo, pero es todo un disparate.



—Pues le diría que se ponga al frente del negocio de su padre y la manden al trullo un montón de años. Por lo menos se haría algo de justicia.

—Mujer, eso no se lo puedo recomendar. Además, la veo muy capaz de decirle al juez: «Me lo aconsejó Garrincha. Si estoy en esto es por él, yo no sé nada».

—Tú verás, pero cuídate mucho de esa chica. Acuérdate de lo que pasó hace tres años; no quiero volver a lo mismo.

Hasta ahora nunca me lo había recordado. En su día Teresa no quiso saber demasiado, pero tenía muchos datos y con su intuición poco se le pudo escapar. Conocía mi historial delictivo y mi relación con ella fue decisiva para que lo dejara, pero todo el *affaire* de Lucía estuvo a punto de costarme muy caro y temió por mí con razón. Ahora le volvían los recuerdos en forma de demonios.

—Teresa, tranquila, lo tengo muy claro. Comeré con ella y la alertaré de todos los riesgos; la policía querrá enmierdarla y la pillará. Debe alejarse de los negocios ilegales de su padre y limitarse a heredar el dinero, los inmuebles y todo lo limpio. Le daré el visto bueno a su plan para estudiar el máster un par de años fuera de España y la avisaré de que si no me hace caso acabará pronto en la cárcel. Además, se cumplirá mi advertencia, estoy convencido.

—Me carga esa tía, y encima con la policía viéndolo todo.

—Conmigo la pasma no tiene queja. Saben dónde estoy.

—Sí, pero no les des excusas, te tienen muchas ganas.

—Descuida, no se las daré.

—Por cierto, ¿quién puede ser el novio?

—Otro imbécil como ella.

—O un ingenuo engañado. Ella es una actriz excelente, María Guerrero es una aprendiz a su lado. ¿Por quién apostarías?

–No sé, por un futbolista, le pega.

–Vaya, no se me había ocurrido, pero igual aciertas. Mañana lo sabré.

La conversación nos duró todo el paseo hasta casa y nos vino bien. El parque de Doña Casilda estaba animado a pesar de la hora y por Olabeaga, junto a la ría, seguían circulando muchas personas, unas paseando y otras haciendo *footing*. No volvimos a hablar del tema y Teresa me contó las últimas novedades de la tienda de ropa que pronto abríamos en San Sebastián.

Estaba lanzada y contenta, pero yo tenía la cabeza en otro sitio.

#### 4. Jueves 18 de mayo Una jornada de pesca en la ría

Me acosté pronto. Aunque solía dormir bastante bien, me ayudé con un Valium 5. Todas las preguntas que se me agolpaban en el cerebro se esfumaron en unos pocos minutos con el sueño.

Volver a ver a todos los protagonistas de tres años atrás sirvió para ponerme en tensión, azuzarme la adrenalina y engancharme como si fuera una droga a la que había perdido la pista. Los recuerdos de Gorostiola, de los gánsteres genoveses, de Josu el Gigante, de Ainhoa, de Penélope –la crupier del Casino de Santander–, de los inspectores Miguel Fabretti y Sara Cohen, y sobre todo de Lucía consiguieron disipar la placidez de los últimos tiempos y volver a incorporarme a ese estado de tensión permanente ya olvidado.

Teresa era otra cosa. Ella era sensata y casi siempre tenía razón. Pero a mí me pasaba lo contrario, no estaba hecho de sensatez ni de razón. Me atraía el peligro y, aunque no alcanzaba el trastorno y la paranoia de Lucía, estas historias me llevaban a mi estado natural. Solo Teresa, el miedo a la cárcel y el amor a la vida conseguían sujetarme.

Cuando me desperté a las seis de la mañana, no lo dudé: mi cuerpo y, sobre todo, mi mente necesitaban de una buena jornada de pesca. Bueno, de ir a pescar, porque como casi siempre nos pasa no pescamos nada. Pero para conseguir peces estaban las pescaderías, y tampoco se trataba de practicar una afición. Era algo mucho más importante: pacificar la mente, el cuerpo y deshacerme de mis neuras y malos rollos. El yoga debía de ser algo parecido, pero aquí estabas solo, sin profesor ni yoguistas, sin vestuarios donde cambiarte. El mar, la ría, una caña y la soledad. Uno mismo.

Al salir de casa todavía era de noche. Me gustaba empezar sin luz, viendo amanecer poco a poco, y cómo se colaba el sol entre las nubes hasta la plenitud del día. Hacía buen tiempo y un suéter encima de la camisa era suficiente. Nada más salir del portal tenía la ría allí mismo, a menos de veinte metros. Por el paseo, cruzando todo el barrio, me dirigí hacia Zorroza, y al final de Olabeaga, cerca del pequeño frontón y la iglesia, me situé atando la caña a la barandilla, sujetándola bien después de lanzar el sedal con su anzuelo y cebo a las oscuras aguas del río Nervión. Enfrente tenía la península de Zorrozaurre, que pronto sería una isla; aunque no se dejaba ver, se vislumbraban sus colores ocres y su arquitectura industrial desvencijada, que hacían de él un barrio de gran fuerza estética. Pero le quedaba muy poco tiempo y los proyectos inmobiliarios arrasaban con todo. El conjunto de

fábricas, pabellones y casas, muchos ya derruidos y en desuso, cederían el paso a un barrio nuevo, probablemente limpio y ordenado. Pero sería otra cosa.

Esta parte de la ría, este recodo del Nervión, siempre me recordaba al Támesis. La bruma habitualmente la envolvía y una humedad que en invierno te penetraba y calaba los huesos parecía transportarte a la Torre de Londres, aquella prisión donde se alojaban herejes y traidores.

Mi imaginación podía ser disparatada, pero esta parte de Bilbao me hacía soñar con un Londres que nunca conocí, cuando en Canary Wharf todavía no había bancos de inversión ni rascacielos con modernísimas oficinas, sino los muelles portuarios de los Docklands.

Y así, día tras día, con la caña y mis fantasías, conseguía ese equilibrio que tanta falta me hacía. Al final nunca pescaba nada, y solo un par de veces picó un pez, pero los devolví al agua. Solía dar paseos cortos en invierno para entrar en calor y ahora para estirar las piernas. Mis intenciones eran muy solitarias, pero a veces me veía obligado a mantener conversaciones inverosímiles con otros *compañeros*, mintiendo descaradamente sobre nuestras capturas; no era verdad y todos lo sabíamos. También acababa conociendo a los paseantes y deportistas, aunque su actividad no invitaba a pararse y un saludo educado evitaba más incordios.

En unas horas estaría con Lucía y ya preveía por dónde iba a transcurrir la comida: quién iba a llevar el negocio de drogas de su padre y cómo; y, si no era ella, cómo y cuánto podía cobrar. Su padre había sido un capo muy fuerte; cuando me retiré era el número uno en el norte, excluyendo Galicia. Últimamente, con Aitor al frente y sin su presencia en primera línea, su potencia había decaído. Su fuerte siempre había sido

la cocaína, y después el *speed* y las pastillas. Nunca negoció con la heroína, siempre la consideró una droga maldita, con efectos devastadores, como si las demás no lo fueran, y con muy mala prensa, como solía decir de forma frívola.

Tampoco tocaba la marihuana ni el hachís, argumentando su escaso precio y su poca rentabilidad para el espacio que ocupaba. Esto no era cierto, sobre todo lo de la rentabilidad, porque aunque necesitaras mover mucha más cantidad, tenías el aliciente de un Código Penal más benévolo. Y nunca entró en la prostitución, armas, porteros... «Con una hija, ¿cómo iba a tener putas?», decía convencido. Los Gandarias sí tocaban todos los palos e iban a más. Bujanda estaba de capa caída y el Innombrable siempre se acercaba a quien mejor lo tratara.

Pero ya no era un simple problema de liderazgo. El negocio de Gorostiola seguiría siendo muy fuerte y con mucho dinero en juego. Aitor, su lugarteniente, mantenía un equipo preparado, circuitos buenos de distribución y un sistema de transporte, correos y almacenamiento muy seguro. Las caídas, cuando se producían, tampoco eran tantas, quedaban estancas y no afectaban al conjunto de la organización y del negocio. Aunque estaba muy quemado, quería seguir. Nadie sabía cuánto le pagaba al patrón, pero a Lucía, si quería, la podría engañar; en cambio, a su padre, además de ser muy difícil, nunca se hubiera atrevido.

La cuestión ya no era esa. Lucía iba a estar forrada; yo sabía lo que daba un negocio así y Gorostiola era un hombre austero. Oí comentar que su fortuna estaba blanqueada; era desde hacía años un buen cliente de uno de los mejores bufetes mercantilistas de España, y su hija la podría heredar sin sobresaltos. Entre los inmuebles, el efectivo y las sociedades

tenedoras de valores diversos, la chica disfrutaría de una fortuna envidiable el resto de su vida. Pero debía andarse con cuidado. La represión del blanqueo de capitales cada vez era mayor y, así como hacía unos años no se miraba, ahora sí y era un gran riesgo. La presunción del origen ilícito de los bienes se podía imponer, sobre todo si venía unido al tráfico de drogas, obligándola a ella a demostrar su origen legal y no al revés, como los principios de derecho penal siempre habían establecido.

Drogas y blanqueo componían un cóctel explosivo. El riesgo era real y Lucía podía quedarse sin nada y en la cárcel para muchos años. Le tenían muchas ganas: los engañó con su secuestro y se fue de rositas. Si les daba pie, no pararían hasta pillarla. Y en eso, esta vez, Garrincha no iba a estar.

La presencia del inspector Fabretti en el funeral no era algo anecdótico ni pura formalidad burocrática. Estaban allí porque seguían investigando, y tanto Lucía como yo teníamos mucha importancia para ellos. Ahora mismo estarían pensando lo mismo: ¿quién se iba a quedar con el negocio? Y la chica sería su primera candidata. Si ella estaba detrás, aunque diera la cara Aitor, lo iban a saber. Lucía no era ninguna cría, tenía una mente adulta y bastante retorcida. Cualquier cosa podía pasar, pero yo no iba a dejarme arrastrar; esa sería mi primera preocupación.

El día ya estaba en pleno apogeo, las nubes se rompían y el sol se colaba entre ellas cada vez con más fuerza. Empecé a recoger la caña y los utensilios. Cuando daban las diez de la mañana, entré en mi casa.

Teresa ya había salido, pero en mi teléfono móvil aparecían varios emoticonos con besos y un mensaje muy claro: «Dile lo que piensas y no te dejes liar. Te quiero». Le contesté al momento: «Lo haré. Mil besos».